

Conocerte fue un regalo de La Vida.

De un modo providencial, nuestros destinos se cruzaron hace ya muchos años.

Era 1977. Aparecí en aquel sótano con una humilde guitarra desafinada y sin la más mínima idea de cómo hacerla sonar. Mi ignorancia musical era absoluta. Tratando de sobrevivir al naufragio en plena tempestad adolescente, me sentía desorientado, sin saber qué dirección tomar. Me ofreciste un mapa y una brújula. Señalaste el camino y, lo más importante, te pusiste a andar a mi lado.

Fuiste mi profesor durante apenas dos años. Pero has sido mi maestro durante toda mi vida. Te veía como al hermano mayor que nunca tuve. Ampliaste mis gustos musicales al descubrirme nuevos e inéditos paisajes sonoros. Además de tu sabiduría musical, que me parecía sorprendente en alguien poco más de dos años mayor que yo, admiraba tu carácter, tu insobornable integridad ante la vida, la fe absoluta en tus convicciones, tu espíritu de superación, ese optimismo indestructible con el que afrontabas los retos, tu perseverante determinación por hacer realidad tus sueños... y tu voz. Porque además cantabas de manera excepcional.

Entre notas misteriosas, acordes inverosímiles, confidencias juveniles, partituras indescifrables, canciones propias y ajenas... se fue forjando una amistad que, en algunos períodos de la vida, discurriría como un río subterráneo: aunque oculto a la vista, continúa fluyendo bajo tierra para acabar por emerger a la superficie de modo inesperado, en algún otro lugar más adelante.

Años después –es una larga historia- nos enseñabas con orgullo, a mi hija y a mí, tu estudio de grabación. Tu espíritu inquieto te había hecho dedicarte también a la fotografía. Las paredes que rodeaban la mesa de mezclas estaban repletas de ellas: retratos de gente que había puesto sus creaciones musicales en tus manos. Al pasear mi vista por las imágenes entendí que, más allá de fotografiar sus rostros, buscabas captar sus almas. Ellas te acompañarían en esos momentos de fecunda soledad creativa en que la inspiración te encontraba trabajando por dar forma a un nuevo proyecto, como un alquimista musical en busca de la piedra filosofal sonora. Y me vino a la cabeza algo que había leído tiempo atrás: si pudiésemos captar la parte de bondad que reside en el fondo de cada ser humano, formaríamos con todas ellas el rostro de Dios.

Comprendí que, envuelto en melodías, arreglos, canciones... ese inmenso *collage* de amigos era tu personal intento por esbozar el rostro de Dios, con quien dialogabas a través de la música...

Dicen que cuando de noche observamos el cielo, estamos mirando al pasado. Muchas de las estrellas que vemos resplandecer en el firmamento ya no existen; es la luz que irradiaron en su plenitud la que llega hasta nosotros tras haber viajado velozmente por el espacio durante años.

¡Qué hermosa alegoría de lo que para mí ha significado tu vida, Álex! Los momentos que compartimos, hace ya mucho tiempo que se disolvieron en la existencia; pero su recuerdo persiste, brillando en la noche cerrada. Resplandecen como estrellas numerosas vivencias que nacieron entonces pero que precisaban de un largo viaje en el tiempo para manifestarse en mi interior.

Y es que únicamente podemos ver algo cuando estamos preparados para verlo: las lecciones de la vida no se aprenden en un día.

*“Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo”*... Así comienza el texto bíblico en el que te inspiraste para escribir tu personal versión: *“A tempo”*. Su final, *“... y todo fue hermoso en su tiempo”*, me sonó a despedida; lo mismo que tus últimas grabaciones en solitario, la trilogía *Guitarra Sola*: un cálido y prolongado abrazo a la música que siempre te inspiró y que amabas profundamente. Aquellas piezas eran tu personal legado para quienes, a su debido tiempo, habíamos compartido imborrables momentos contigo. Las atesoro como un valioso regalo. Y cada vez que vuelvo a escucharlas, me veo a mí mismo bajando las escaleras de aquel sótano, con mi humilde guitarra desafinada y mi profundo deseo de aprender a hacerla hablar. Y te vuelvo a ver levantando la vista de tu guitarra y sonriéndome mientras me extiendes tu mano.

Era 1977. Eran el momento y el tiempo precisos.

*Al final del camí em diran: “Has viscut? Has estimat?” I jo, sense dir res, obriré el meu cor ple de noms.* (Pere Casaldàliga)

Doy gracias porque La Vida cruzó nuestros caminos. ¡Y porque sé que en tu corazón, junto a los de los amigos que llenan con sus recuerdos esta página, también guardabas mi nombre!